


PEDRO UGARTE

**Perros
en el camino**

algaida



Pedro Ugarte

Perros en el camino

ÍNDICE

I

II

III

IV

Créditos

A Alberto Vaquerizo

A Ana María Ormazábal

En el recuerdo

Con gratitud

... et peccatorum tuorum non recordabor.

(Is. 43, 25)

I

¿Y dice que lo sueña a menudo?

Sí, muy a menudo.

¿Y cómo son, Jorge?

¿Cómo son quiénes?

Los perros.

Es difícil describirlos. Son esos perros muertos que aparecen en las cunetas, en los arcenes. ¿No los ha visto nunca?

Alguna vez.

¿Alguna vez? Yo creo que suele haber muchos. Recuerdo un viaje a León, hace ya algunos años. Nunca había pasado por aquellas carreteras pero, en serio, no sé qué ocurrió esa vez: la frecuencia de perros muertos era espantosa. Aparecían sin cesar. Era como si algún bólide se hubiera propuesto liquidar todos los perros que asomaran por el camino, y como si al mismo tiempo los perros hubieran oído una llamada absurda que los obligara a ocupar la carretera, a dejarse matar. En los trescientos kilómetros del viaje no hice otra cosa que ver perros muertos, perros tendidos en los arcenes. Nunca vi tal cantidad de ellos.

¿Sueña que viaja a León?

No. Sueño con perros muertos. Mientras conduzco. Sueño que conduzco y que los arcenes están llenos de perros muertos. Lo que le he contado de León fue un viaje de verdad. Llegué muy deprimido. ¿Por qué son ustedes tan complicados?

¿Por qué cree que lo somos?

No lo sé. Usted habla como esos colegas suyos que aparecen en las películas americanas: no hacen más que sacar dinero a los clientes y nunca resuelven sus problemas. ¿De veras son así?

Volvamos al sueño.

Perros muertos. Yo conduzco el coche, pero los lados de la carretera están llenos de perros muertos.

¿Y cómo son los perros?

Eso ya lo ha preguntado antes.

Realmente no me ha contestado.

Lo sé. No le he contestado porque los perros muertos en el camino no son identificables.

¿No lo son?

Usted reconoce que los ha visto alguna vez, ¿no? Pues eso: son como en la realidad. No son perros simplemente muertos. Han recibido el topetazo de un camión. Han salido despedidos y yacen en la mediana, o al borde de una acequia. Los más tristes son los que quedan en el asfalto de la autopista: pasan coches y más coches por encima de ellos y acaban convertidos en una masa endurecida, envuelta en mechones de pelo, una especie de horrible bajo-relieve que surge del asfalto. El coche da un salto bronco, como si hubiera atravesado un socavón.

Quiere decir que son perros desfigurados.

Pero los que acaban en el arcén no corren mejor suerte. Los han atropellado, ¿sabe? Uno conduce por la carretera y puede verlos. Ellos siempre están ahí. En mi sueño veo perros muertos, perros yacentes, ensangrentados. Veo patas, vientres, hocicos destrozados por las ruedas de un camión. En esas condiciones, es difícil describir de qué perros se trata. La raza, quiero decir.

¿Con qué frecuencia aparecen?

Sencillamente aparecen. Yo voy conduciendo y surgen los perros muertos. Bueno, no surgen: están ahí. Basta con fijarse en ellos. No aparecen de repente, no pueden aparecer: ya están muertos, ¿comprende?

¿Recuerda algún detalle más? Algo distinto a los perros, claro.

Sí, recuerdo que siempre hace mucho frío.

¿Usted siente ese frío?

No podría decirlo, no del todo. Yo voy dentro del coche. Pero el paisaje es invernal. Puede que haya cumbres nevadas, o puede que haya árboles, árboles raquíticos, esos árboles desnudos del invierno, desnutridos, sin encanto. Desde los cristales del coche se percibe fácilmente que fuera hace mucho frío. Usted conoce la luz que produce el frío, ¿verdad?

¿Qué quiere decir?

Cuando hace mucho frío la luz natural se vuelve extraña. Es como si los objetos palidieran, como si los tonos se volvieran más apagados, como si desaparecieran los pigmentos. Estoy seguro de que lo entiende. Es sólo una intuición, no sé explicarlo. Resulta difícil, pero si está usted en su casa, por cálida que ésta sea, y mira a través de la ventana, una luz desvaída le indica que ahí fuera hace un frío de mil demonios.

Sé a qué se refiere, sé cómo es esa luz de la que habla.

Por eso cuando conduzco, cuando conduzco en sueños, quiero decir, y veo tantos perros en el camino, noto que fuera hace mucho frío: los colores son imprecisos. Aunque el cielo sea azul, hace tanto frío que los colores se apagan.

Y el color de sus perros también.

También. Es difícil saber si son negros, o rojizos, o parducos, pero, como los han atropellado, muchas veces están sangrando.

Y ve sangre en sus sueños.

A veces hay mucha sangre. Por eso la luz de invierno resulta tan desagradable en el sueño. A menudo los tonos se vuelven agrisados, pero eso sólo sirve para difuminarlo todo, para destacar aún más la sangre de los perros, la sangre de esos perros muertos, que yacen en el arcén.

Quiere decir que, al contrario de otras tonalidades, el color de la sangre no se apaga.

Bueno, yo puedo verla muy bien.

¿Podría añadir algo más? Si el sueño se repite tantas veces, quizás haya retenido algún otro elemento.

Lo siento. Realmente sólo hay perros. Yo conduzco, pero no circulan otros coches por la carretera. Tampoco se ven casas ni ciudades. Es un sueño monótono y cruel.

La visión de tantos perros muertos no debe de resultar agradable. ¿Cómo se siente en el sueño?

Me siento muy mal. No me gusta ver esos cadáveres. De niño nunca sentí deseos de hacer daño a los animales. Me gustan los animales, se podría decir, aunque ahora no tengo ninguno.

¿Ha tenido perro alguna vez? ¿Había perros en su casa, cuando era niño?

Nunca he tenido un perro. Me gustan los animales, pero eso es todo. Los animales dan mucho trabajo. Bueno, eso se dice siempre.

¿Hay algo en su vida que le vincule con los perros?

Creo que no. Pero quizás debería pensarlo con más tiempo.

Tenemos tiempo. Vamos a tener mucho tiempo durante los próximos meses.

No he tenido demasiada relación con perros. Tampoco con otros animales. Les tengo un cariño abstracto, como de persona civilizada, como de hombre de ciudad, usted me entiende. Supongo que tendrá que ver con esa flojera que nos adjudica la gente de campo a los que somos de ciudad. Me gustan los documentales sobre la fauna, no sería capaz de hacer daño a una mosca y todo eso, pero... bueno, quizás hay una cosa que sí me impresiona de ellos.

Hay algo que le impresiona de los perros.

Sí, me conmueven sus ojos.

Le conmueven sus ojos.

¿Por qué tiene que repetir todo lo que le digo?

Dice que le conmueven los ojos de los perros. Eso puede ser importante. ¿A qué cree que se debe?

Están desasistidos. Son ojos suplicantes. Los ojos de los perros son... son más humanos que los nuestros. Usted sabe lo que quiero decir.

Quiere decir que le inspiran ternura.

O piedad. Sería mejor decir piedad. Los ojos de los perros siempre están pidiendo algo, ¿no cree? Uno está delante de un perro y, bueno, entonces el perro le mira. Tiene una mirada inocente, más inocente que la de un niño. El perro está pidiendo algo, lo pide desesperadamente, lo pide con una sumisión que, sin embargo, no está exenta de grandeza. Dicen que son animales leales, pero yo pienso que lo que nos cautiva de ellos son los ojos.

Esos ojos que piden algo.

Exactamente.

En la carretera, ¿usted ve los ojos de los perros?

¿Cómo demonios voy a verlos? Estoy conduciendo y siempre voy muy deprisa. Veo sus cuerpos. Veo cuartos traseros en posturas irreales, esas posturas irreales que adoptan todos los cadáveres, no importa la especie a la que pertenezcan. Veo lomos quebrados. Veo hocicos laminados por las ruedas. Veo perros recogidos en un ovillo, como si durmieran serenamente, y veo otros tronzados, dislocados, congelados en un movimiento espantoso.

No se enoje. ¿Ve algo más?

Sí, veo perros destripados, perros descabezados, perros con el vientre hinchado, perros con la boca abierta, perros tendidos en un charco de sangre, perros... perros heridos hasta el punto de verse reducidos a pelajes sucios, vísceras reventadas, restos de dentaduras o miembros seccionados.

¿Y sus ojos? ¿No ve nunca sus ojos?

Quizás, sí. Bueno, a veces sí. A veces los perros me miran. Me están mirando fijamente. Es muy inquietante, porque yo sigo conduciendo, pero consiguen mirarme, a pesar de que me vaya alejando, y a pesar de que ellos están muertos.

Y le observan con esa mirada que dice de los perros, con esos ojos que son...

...Que son más humanos que los nuestros, sí.

Comprendo.

¿Qué le parece todo esto? ¿Cuándo cree que empezó todo?

LA PREVISIÓN METEOROLÓGICA anunciaba una noche desapa- cible. Los árboles del parque se agitaban a las órdenes del viento. Por las aceras discurrían personas recogidas sobre sí mismas, que buscaban la precaria protección de los salientes y se dirigían apresuradamente a hogares cálidos y amables donde sentirse a salvo. La radio anticipaba un empeoramiento, aunque desde la mañana habría bastado alzar la vista para identificar el perfil de una amenaza. Pero el ser humano, en la ciudad, ha perdido el instinto con que antes contemplaba el cielo y descifraba sus señales, ha inutilizado los presentimientos que daban sentido a la vida y servían para prefigurar el porvenir. Ahora es incapaz de descifrar los signos con que el cielo y la tierra anuncian sus movimientos, ya sea una cortina de granizo, o la ira de un volcán, o la venganza impasible de un alud azul de nieve. A pesar de todo, cuando la bóveda del cielo adquiere un color lúgubre, cuando las nubes renegridas discurren cerca del suelo y parece que pueden alcanzarse con la mano, cuando el sol desaparece y la tarde se hunde en una noche prematura, ni siquiera las gentes de ciudad pueden refugiarse en la ignorancia: todo remite al anuncio de una noche tormentosa, una noche, a su modo, infernal.

Aquella tarde, Sergio Ayala contemplaba el cielo desde la ventana del apartamento alquilado. A su espalda escuchaba los susurros con los que Ariana se dirigía a Gabriel, la voz tranquilizadora que ella siempre utilizaba cuando se disponía a amamantar al niño, a medida que se iba desabrochando la camisa y enderezaba la espalda para ofrecerle el pecho. Gabriel ya había aprendido que esos susurros preludiaban la llegada de un reguero de leche tibia, de modo que se agitaba, abría sus ojos aún ciegos y empezaba a succionar ávidamente, en busca del pezón.

El cielo era una cripta de piedra. Un trueno lejano reproducía sus latidos, aunque entonces, a primera hora de la tarde, aún no venían acompañados por el agua, como si la tromba se contuviera, reuniendo fuerzas para descargar más tarde con furia redoblada. Sin esperanza alguna de que el tiempo pudiera mejorar, Sergio bajó los ojos, dejó caer la cortina y se dio la vuelta. Cuando en la calle se adivinaba un frío helador y la inminente tormenta de granizo, la escena de Gabriel, cobijado entre los brazos de Ariana, bajo la luz macilenta de una lámpara, era la figuración de una cálida y acogedora intimidad. En la sala hacía buena temperatura. Un radiador de aceite llevaba varias horas templando la vivienda, y Sergio sintió la necesidad de quitarse el jersey: a despecho del frío de la calle, empezaba a hacer calor.

Ahora el pequeño Gabriel respondía a los primeros estímulos: la cercanía de una voz muy tierna, la presencia distante de otra voz más grave. A veces les regalaba una sonrisa, una prematura sonrisa a medio camino entre la reacción mecánica y el acto voluntario. Compartía con ellos sorprendentes complicidades guiadas por el tacto o el sonido. La casa era un apartamento donde bastaba dar unos pasos para encontrar la frontera del próximo tabique, pero donde los sentimientos también se amalgamaban en la hospitalaria intensidad de una madriguera. Todo se resolvía en una especie de abrazo invisible. Allí era posible recogerse en un ovillo imaginario y ocupar los tres juntos, en silencio, un inviolable territorio de felicidad compartida. En la segunda habitación, aún más pequeña que aquella que servía de dormitorio, Sergio había acondicionado su estudio de escritor. Sobre un estrecho tablero de madera estaba el ordenador, y al lado un par de baldas con gramáticas y diccionarios. En la mínima tabla sobre la que trabajaba, apenas había espacio para el teclado, el ratón y una libreta de bolsillo en cuyas páginas a veces tomaba apuntes. Pero en las últimas semanas, de forma imprevista, había logrado hacer es-

pacio para un pequeño ídolo mexicano, un guerrero solar azteca, fabricado en obsidiana negra y con incrustaciones de metal. Ariana le había preguntado por aquel nuevo fetiche pero él se había negado a precisar nada más allá de su origen: un recuerdo del reciente viaje a México, a la Feria Internacional del Libro. La historia del ídolo, también lo que significaba, debían permanecer al margen del hogar. Durante las últimas semanas, Sergio había perdido la facilidad con que logró escribir en otro tiempo. Ahora miraba constantemente, obsesivamente, el pequeño ídolo azteca. A veces entreveía en él una esperanza y a veces sólo lograba atormentarse.

Imposible habilitar una biblioteca en aquella madriguera donde intentaba escribir. Los libros de Sergio formaban paños de papel impreso que revestían las paredes del apartamento. En otros puntos componían torres inestables, combadas, vencidas por el peso. Los libros eran una caótica vegetación que había germinado por las esquinas, como una explosión primaveral propiciada por el calor del sol tras meses de lluvia. En ocasiones, los libros dificultaban el tránsito de una estancia a otra. Había libros al fondo del armario-ropero y había libros debajo de la cama. Había libros sobre la mesilla de noche y había libros en los altillos del dormitorio. Llegó a haber libros en el rellano de la escalera, que hubo que introducir en la vivienda por las protestas de los vecinos. Sergio Ayala no sería nada sin los libros y Ariana soportaba aquel axioma con buen ánimo (incluso había libros en el baño, en la cocina) porque los libros formaban parte de la alianza en que se fundaba su convivencia y que habían sellado con Gabriel.

Mientras Ariana amamantaba al niño, Sergio hubiera querido hacer lo que otras veces: sentarse a su lado y contemplarlos, pero lo retuvo la certeza de que debía salir dentro de poco tiempo. Le esperaban lejos, en Vitoria, y a pesar de que el temporal se había anunciado con antelación, nadie le había llamado para notificar que se hubiera sus-